

El hidalgo lector y las generaciones lectoras del Quijote

María Stoopem

La transmutación del hidalgo en caballero

En el primer capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se cuenta la historia de un mesurado hidalgo cuyas antiguas armas en reposo adornan su casa;¹ de modesta hacienda, frugal y metódica dieta,² y sobrio vestir; soltero de cincuenta años, “gran madrugador y amigo de la caza” (I, 1, 71),³ vive en compañía de una sobrina, una ama y un mozo de servicio, un rocín flaco y un galgo corredor.⁴ Sus únicas actividades, la caza, ejercida por gusto, y la administración de su hacienda, como necesi-

53

¹ Sebastián de Cobarruvias define lançera “Que por otro nombre se dize astillero, de asta; es un estante en que ponen las lanças, adorno de la casa de un hidalgo, en el patio o soportal, con algunos paveses; arma defensiva española antigua.” *Tesoro de la lengua castellana o española*.

² Véase Francisco Rodríguez Marín, *El yantar de Alonso Quijano el bueno*.

³ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Cito por la edición de Luis Andrés Murillo, siguiendo el orden convencional: parte, capítulo, página.

⁴ Esta caracterización inicial del hidalgo está preñada de significados sociales y literarios: “un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua” habla de la pertenencia de la familia de éste a la casta tradicional, dada la antigüedad de las armas que hay en su casa. El más bajo en la escala nobiliaria, el hidalgo es, por lo mismo, guardián del sentido del honor español. Carece de la riqueza y el poder de las clases superiores. “Su único capital [asegura Defourmeaux], es ese honor, recibido en herencia de un linaje de antepasados que combatieron por la fe. Pero ya no hay moros a quienes combatir [...]” Se ahuyentan, así, con la presencia de las armas antiguas en la casa solariega, las posibles sospechas de que la hidalguía del de la Mancha sea de reciente adquisición, puesto que en el Siglo de Oro, el título podía obtenerse con dinero: “[...] la penuria de dinero obliga al monarca a vender *ejecutorias de hidalguía*, [continúa el mismo historiador], que aseguran a su titular los mismos privilegios que a los hidalgos de nacimiento [...]” (Marcelin Defourmeaux, *La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro*, pp. 48-49. Véase cap. II, “El concepto de la vida”, pp. 32-54.) En cuanto al retrato literario, Márquez Villanueva señala la afición de Cervantes por los refranes, la que comparte con otros humanistas españoles y el posible conocimiento que pudo haber tenido del *Libro de proverbios o Refranes glosados* que recopiló el toledano Sebastián de Horosco. En él, este autor glosa el proverbio: “Hidalgo como un gavilán, mas no hay un pan”, de la siguiente manera: “Oy día no tiene algo/ sino quien barbulla y trata,/ mas el pobre del hidalgo/ un rocín biejo y un galgo/ conque alguna liebre mata”. (*Fuentes literarias cervantinas*, p. 50.)

dad, le permiten largos ratos de ocio. Ninguna extravagancia; es el convencional estilo de vida de un hidalgo alrededor del 1600 español; su situación, si limitada en lo económico, es estable en lo doméstico y social. Poco o casi nada hace presumir que en él pueda germinar la locura.

54

Sin embargo, su tiempo ocioso, frecuente entre los hidalgos, ya que de ordinario no ejercen ningún tipo de negocio —*Negotium, quia negat otium*—,⁵ es dedicado a la lectura. Dicha actividad, debido a su gran “afición y gusto” (I, 1, 71) por los libros de caballerías, alcanza proporciones desmesuradas y se convierte en el motivo que explica el inicio de su demencia, así como su mutación en personaje novelesco: el de un extemporáneo caballero andante, sucesor de esa prolija familia literaria.⁶ Este proceso se incuba en íntima soledad y resulta, conquistada la condición a la que aspira el febril lector, en acción en el mundo.

Al abandonar las actividades propias de su situación social para leer sin reposo, el hidalgo rompe todo vínculo con su universo cotidiano y se interna en el de la ficción literaria, al cual le da plena cabida en su mente; y al cambiar tierra de sembradura por cuantos libros de caballerías pudo haber a su alcance, ejerce una acción voluntaria y consciente que le permitirá alimentar día y noche su imaginación con esas historias que excitan su curiosidad y son causa de su desatino. De esta manera, el hidalgo lector adopta como interpretación de la realidad, el código caballeresco aprendido en las novelas; trueca su rutina doméstica por la acción heroica —“encantamientos [...], pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas” (I, 1, 73)—, al tiempo que se va esfumando junto con su mundo concomitante, conforme él mismo crea su propio *alter ego* literario, el caballero.

El hidalgo manchego, un lector solitario

El lector ficticio, protagonista de la historia, al leer los libros de caballerías del siglo XVI, se suma a la larga lista de aficionados a ese género literario. Sin embargo, se presenta como un lector absolutamente inédito, puesto que precisamente a causa de esa inclinación pierde el juicio y se convierte en

⁵ Cita latina que recoge Covarrubias, *op. cit.*, la voz *negocio*.

⁶ En España, la gran producción de libros de caballerías del siglo XVI, como es bien conocido, fue iniciada por el *Amadis de Gaula*, publicado en 1508 por Garcí Rodríguez de Montalvo. Este libro fue el primero de una serie de doce, escritos por diversos autores que continúan las aventuras de los mismos personajes. Otra colección se inicia en 1511 con *Palmerín de Oliva* u *Olivia*. Asimismo, existen libros sueltos que no establecen linaje.

un personaje caballeresco que decide actuar en el mundo con el fin de transformarlo.⁷

En el primer capítulo, el lector del *Quijote* presencia las condiciones en las que lee el ingenioso hidalgo: de manera febril, en aislamiento y para sí mismo. Aunque en su tiempo la lectura solitaria todavía solía practicarse en voz alta, muy probablemente él debió de hacerla en silencio,⁸ puesto que, a pesar de su desmesurada entrega, ninguno de los habitantes del universo narrativo —ni el ama, ni la sobrina, ni el *mozo de campo y plaza*, ni siquiera el cura y el barbero con quienes el hidalgo discute pasajes de los susodichos libros— se percata de la sigilosa mudanza (I, 1 y 2), sino hasta después de haber ocurrido el daño (I, 5 y 6):

¡Desventurada de mí —dice el ama al licenciado Pero Pérez—, que me doy a entender, y así es ello verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, e ir a buscar las aventuras por esos mundos. (I, 5, 107)

Sólo atestiguan la transformación, indiferentes a la insania que provocan en su lector, los moradores de papel de los amados libros y, fuera de ellos, el lector real que la observa, eficazmente atrapado por la trama del heroico despropósito.

La modalidad de lectura que practica el hidalgo guarda un secreto vínculo con la incubación de su delirio, ya que el retiro del mundo y la intimidad del aposento y del espíritu, son territorios fértiles en los que el deseo se

⁷ Hay un antecedente literario conocido, un personaje que también enloquece a causa de la lectura del Romancero y que decide hacerse soldado y luchar contra los ingleses: Bartolo, del *Extremes de los romances*, del que se sirvió Cervantes para construir los primeros capítulos del *Quijote*. Por otro lado, Maurice Blanchot comenta, refiriéndose al comportamiento de los lectores en general y, por lo tanto, como una explicación que se queda sólo a medio camino del proceso de locura de este singular lector que: “No debe sorprendernos, entonces, que fortalecida por tal intimidad la lectura, encarnada en el lector, se apodera luego de la obra, quiera ‘aprehenderla’ reduciendo y suprimiendo toda distancia con ella, más aún, quiera hacer de esta distancia —signo de conclusión de la obra— el principio de una nueva génesis, la de su realización histórica, cuando en el mundo de la cultura la obra se transforma y se vuelve garantía de verdades y depositaria de significación”. (*El espacio literario*, p. 193).

⁸ Leer sólo con los ojos “ne semble pas avoir été connu avant le xve siècle. La lecture solitaire elle-même propre aux lettrés, comportait une prononciation du texte lu”. Paul Zumthor, *Essai de poétique médiévale*, p. 38, *apud* Margit Frenk, “‘Lectores y oidores’. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, p. 104. Véase también de la misma autora “La ortografía elocuente. (Testimonios de lectura oral en el siglo de Oro)”, en D. Kossof, *et al.* [comps.], *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, pp. 549-556.

enseñorea y en donde fermentan sin censura las propias manías, las obsesiones, las extravagancias, las nostalgias de independencia, errancia y heroísmo. Lo sabemos: todo lector se vuelve un soñador.

56

Cuenta Borges que en el siglo IV san Agustín, al dejar constancia en el libro seis de sus *Confesiones* del modo como su maestro san Ambrosio leía, fija el instante en que tuvo principio el vasto “proceso mental que a la vuelta de muchas generaciones, culminaría en el predominio de la palabra escrita sobre la hablada, de la pluma sobre la voz”. El argentino plasma de esta manera la imagen —hoy absolutamente común en las sociedades letradas— del entonces insólito lector: “[...]un hombre en una habitación, con un libro leyendo sin articular las palabras”.⁹ Si en el siglo IV el caso resulta inusitado según el testimonio del autor de las *Confesiones*, en los albores del XVII, momento en que Miguel de Cervantes retrata a su manchego lector, la escena ya no causa asombro; empieza a ser bastante ordinaria. Ciertos acontecimientos históricos explican las causas.

El predominio de la oralidad sobre la escritura es una constante cultural durante la Edad Media. Si bien el conocimiento se recoge en manuscritos, éstos tienen como destino el ser leídos ante escuchas agrupados en torno a un lector que pronuncia en voz alta la palabra atrapada en el papel. El manuscrito constituye un paso intermedio entre la cultura oral y la ulterior cultura del libro impreso.

La aparición de la imprenta a finales del siglo XVI, al acrecentar el número de ejemplares de una obra determinada, favorece una mayor divulgación de la palabra escrita, ya que el libro impreso es ahora asequible a públicos más amplios. Ello provoca fenómenos tales como la multiplicación de bibliotecas particulares —igual que la de Alonso Quijano— y consecuentemente la consolidación del individuo por medio de la lectura privada. Y como resultado, se produce un cambio paulatino en los hábitos tradicionales de transmisión y recepción de relatos leídos en voz alta y ante un grupo de escuchas —en general analfabetas— para dar paso al tipo de lectura que ejercita el hidalgo manchego: individual, en aislamiento, ya sin el antiguo contacto con la colectividad ni la mediación del lector público, sino en trato directo con la escritura.¹⁰ El del hidalgo es, indudablemente, un saber libresco. El lector del

⁹ Jorge Luis Borges, “Del culto de los libros”, en *Obras completas (1952-1972)*, t. II, p. 92. Margit Frenk nos invita a “desdramatizar un tanto ese episodio [al que se refiere Borges], pues [un artículo de M. W. Knox] demuestra la —esperable— existencia de la lectura silenciosa entre los griegos y los romanos (“Silent Reading in Antiquity”, en *Greek, Roman and Byzantine Studies*, núm. 9, pp. 421-435)”, *apud* M. Frenk, “Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro”, en *op. cit.*, p. 1

¹⁰ Para el tema de las modalidades de la escritura y la lectura, véase: Erich Auerbach, *Literary Language and its Public in Late Latin Antiquity and in the Middle Ages*; Walter Ong, *Oralidad y*

Quijote conocerá la amplitud de esa cultura a la hora del escrutinio de su biblioteca y por medio de los discursos del caballero, sus discusiones sobre literatura y las constantes alusiones a obras determinadas.¹¹

Nuevas relaciones entre propagadores y lectores oidores

Del naciente imperio de la *palabra escrita sobre la hablada y de la pluma sobre la voz*, surge también una conciencia, podríamos decir, más *literaria* en contraposición con la oralidad y en relación con la escritura. De ella se deriva un nuevo vínculo entre los diversos sujetos que la difunden —autor, compilador, narrador, lector comunitario— y quienes la reciben —*lectores y oidores*—, pues en adelante, la función de los propaladores ya no será la de apelar al hombre público reunido en grupo con el fin de escuchar relatos leídos en voz alta, puesto que ahora se dirigirán al lector en soledad, el cual quedará librado a su propio imaginario ante el poder del texto y sus artificios. Entre otras consecuencias, en los relatos fructifica una desmemoria con relación a su génesis oral, al tiempo que empiezan a borrarse en ellos las huellas de su intención colectiva. De esta manera van desapareciendo algunos recursos utilizados por autores, narradores y lectores con el fin de captar la atención del auditorio. Sin embargo, los libros caballerescos leídos por el hidalgo, incluido el *Amadis* —que pertenecen ya a un “modelo ‘escritural’”—, conservan rastros de estas particularidades de la oralidad y la lectura en voz alta.¹²

57

Letrados e iletrados

No obstante, en los siglos XVI y XVII, un lector como el hidalgo de la Mancha forma parte de un pequeño grupo social que lee literatura de entretenimiento —“los hidalgos y caballeros cultos y algunos criados suyos, los miembros del

escritura. Tecnologías de la palabra; M. Frenk, “Lectores y oidores...”, en *op. cit.*; “La ortografía elocuente. (Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro)” y “Los espacios de la voz”, en Concepción Company Company, ed., *Amor y cultura en la Edad Media*, pp. 9-17; Roger Chartier, “Las prácticas de lo escrito”, en Philippe Ariès y George Duby, dirs. *Historia de la vida privada*. v. *El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*.

¹¹ Michel Moner destaca que “abundan las referencias, citas y reminiscencias que dejan transparentar el afán ‘enciclopédico’ del autor, su voluntad de apoderarse del mayor instrumento de la cultura de su tiempo: el libro”. “La problemática del libro en el *Quijote*”, en *Anthropos*, núm. 98-99, p. 90.

¹² Cf. M. Frenk, “Los espacios de la voz”, en *op. cit.*, pp. 11-14. La autora recoge el siguiente ejemplo del *Amadis*: “Desta manera que oís quedo [sic] Amadís...”, p. 11.

bros del clero dotados de curiosidad intelectual y los hombres de letras".¹³ El resto de la población o es analfabeta y no tiene acceso a los libros o, si es alfabetizada y con recursos, carece de interés por la lectura.¹⁴ Sin embargo, en relación con los libros de caballerías, es posible que el gusto por su lectura alcanzara a clases sociales menos ilustradas, cuando, desechados de las bibliotecas privadas, podían ser vendidos o alquilados a precios más accesibles.¹⁵ Otro medio de difusión de estos libros era la lectura en grupo, de la cual aparece un testimonio en el capítulo xxxii del Quijote en la parte I.

58

Gracias a su trato cotidiano con la literatura caballeresca, Alonso Quijano edifica un universo heroico y poético alternativo al mundo doméstico y abre un abismo entre él y los habitantes de su cotidianidad, de quienes se desvincula no sólo física, sino internamente, sin posibilidad de ser recuperado por ellos. Las relaciones que a partir de esta mudanza establece el recién convertido caballero con los innumerables personajes con quienes el azar de sus andanzas lo relaciona, estarán marcadas por la capacidad imaginativa y literaria de sus interlocutores.

En el *Quijote* hay, como en la sociedad del incipiente siglo xvii, seres ficticios letrados e iletrados; personajes que, por medio de la lectura, se han familiarizado con el universo caballeresco, y otros que, por no haber leído esos libros, desconocen por completo sus códigos. Esta división —aunque carente de matices— marca de alguna manera la respuesta que ofrecen los diversos interlocutores del caballero andante y establece asimismo, la posibilidad de diálogo o de antagonismo que cada uno de ellos tiene frente a su locura. En suma, se trata de la habilidad que los distintos personajes tienen de contemplar el mundo con imaginación, de su capacidad de poetizar o no la vida —o por lo menos, el momento— cuando el sino los conduce a toparse con el loco de la Mancha; así como de que sus visiones del mundo —rígidas o maleables— entren o no en disputa con la del caballero. El delirio del manchego pone permanentemente a prueba el alma poética y heroica de

¹³ M. Frenk, "Lectores y oidores...", en *op. cit.*, p. 102. La fuente de los datos es Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo xvi y xvii*, pp. 29 y ss. A conclusiones similares llega Daniel Eisenberg: "[...] it is reasonable to conclude that the romances were read by the upper or noble class, and perhaps by a few particularly well-to-do members of the bourgeoisie. Certainly they were not read by, nor to, the peasants." Y aclara en nota: "I am convinced that were it not for Juan Palomeque's comments, no one would even have suggested that the indigenous Castilian romances were read to the peasantry". "Who read the Romances of Chivalry?", en *Kentucky Romance Quarterly*, 20, pp. 209-233. Maxime Chevalier asegura también que "nous n'avon aucune preuve d'une lecture 'populaire' des romans de chevalerie dans l'Espagne du Siecle d'Or". ("Sur le public du roman de chevalerie", p. 15.)

¹⁴ Cf. M. Frenk, "Lectores y oidores...", en *op. cit.*

¹⁵ Cf. Emilio Orozco Díaz, *Cervantes y la novela del barroco. (Del Quijote de 1605 al Persiles)*, pp. 105-106.

cuanto personaje se encuentra. Su gran lección reside en el hecho de que para él la literatura no es letra muerta, sino inspiración de vida. La clave parece ser, en gran número de casos, el contacto con la literatura frente a la cual cada uno ha puesto a prueba su fantasía, la dosis de imaginación que cada quien se ha permitido liberar en su trato con los libros, la aptitud de elevar la propia visión de las contingencias inmediatas y de dejarse seducir por la ilimitada imaginación del caballero. Sin embargo, hay también personajes 'iletrados' que son capaces de contagiarse de una visión fantástica y aun poética y heroica. El desvarío del manchego sería el polo extremo, en tanto que los múltiples entes de ficción recorren diversos grados de desapego temporal de la realidad y empeñan en ello variadas intenciones, algunas de las cuales, sobre todo en la segunda parte, resultan en exceso crueles.

Sancho Panza, por su vecindad permanente con don Quijote, constituye un caso aparte, ya que, aunque iletrado, bebe de las fuentes literarias de su amo y en muchas ocasiones actúa como puente entre la visión secular y la interpretación caballerescas del mundo. Se vuelve adicto a las aventuras de los héroes literarios de don Quijote, sobre todo a las que sintonizan con sus intereses, y hace suyas, a conveniencia, las reglas de la caballería andante que le comunica su amo. El conocimiento de este universo literario no lo consigue por medio de la lectura directa, sino por el de la narración oral. Así, la lectura silenciosa del hidalgo de la Mancha rinde ahora sus frutos en los oídos vírgenes de su escudero.

En cuanto a los modos de transmisión y recepción de la cultura, don Quijote, por la posibilidad de leer en silencio y a pesar de su arcaísmo, es un representante de la modernidad; mientras que Sancho Panza, por ser un iletrado que se aficiona a las narraciones de su amo, arrastra consigo huellas de los oyentes de relatos del Medievo. Para el lector, los ojos son los transmisores de la cultura y el vehículo que despierta la imaginación; para el escucha, lo son los oídos.

El lector de libros de caballerías y el lector del *Quijote*

Si los lectores de libros de caballerías del siglo XVI son antepasados históricos de Alonso Quijano —nuestro ficticio lector— al mismo tiempo son antecedente de todo lector del *Quijote*, ya que si éste recibe un libro paródico, ha de conocer los modelos del género parodiado con el fin de poder apreciar la relación escritural que con ellos establece el texto parodiante.

En tanto el hidalgo manchego lee, anonadado, relatos de caballerías, el lector del *Quijote* lee también —aunque con distancia debido, entre otras

dante, puesto que el héroe es —para sí mismo sólo eso— protagonista de un libro caballeresco, de cuyo género adopta códigos y procedimientos. La diferencia básica entre una lectura y la otra, entre un libro y los otros, consiste en que, excepto la propuesta heroica de don Quijote, los demás elementos literarios del universo narrado —el medio social, la visión del mundo de los personajes seculares, el asentimiento de los narradores, etcétera, en el libro cervantino discrepan del propósito caballeresco.

60 El desfase lo percibe el lector real, mientras que el ficticio le procura explicaciones fantásticas, pues para eso lo han armado adecuadamente sus libros. Esta divergencia provoca la enorme brecha que separa a ambos lectores: uno es ingenuo, el otro, distanciado. Al mismo tiempo, el desacuerdo entre el héroe y su mundo abre la lectura paródica —necesariamente un ejercicio doble— y descubre el terreno de la oferta literaria cervantina.

Entre el *desocupado* lector al que se invoca en el prólogo, quien leerá el *Quijote*, y el ocioso hidalgo entregado a leer libros de caballerías, se aprecia, pues, un distinto grado de sometimiento a la palabra escrita. El lector desocupado —y también *carísimo* y *suave*— cuenta con tiempo libre entre sus obligaciones cotidianas, las cuales suspende y olvida temporalmente para entregarse a la absorbente actividad de la lectura, pero es dueño y señor lo mismo de su juicio que de su casa y de lo que hace en ella (Pról., 51). En tanto el ocioso hidalgo Quejana no tiene o ha abandonado toda ocupación debido a su afición y *gusto*, a su *curiosidad* y *desatino* por los libros caballerescos (I, I, 71). Entre él y el mundo se ha interrumpido cualquier nexo que impida el imperioso vasallaje de su imaginación al texto literario que, además, en la absoluta tachadura de límites, el hidalgo toma como historia verdadera.

El *Quijote* y sus lectores

Yves Chevreil asegura que “recibir es una actividad”. De allí que la del lector, antes que nada, es la de darle vida al texto, pues los libros existen realmente no en las bibliotecas, sino en el ánimo, en la mente de quienes los leen: “el texto sólo tiene existencia en la medida en que es leído”, asegura el mismo Chevreil, parafraseando a Jauss.¹⁶

Así pues, es en la conciencia de nosotros, sus lectores, en donde alienta una y otra vez, de generación en generación, la literatura cervantina; en donde viven sus inolvidables seres de ficción —a veces más cercanos y entra-

¹⁶ Yves Chevreil, “Los estudios de recepción”, en Pierre Brunel e Yves Chevreil, comps., *Compendio de literatura comparada*, pp. 151 y 170.

ñables que los que pueblan las realidades cotidianas—; en donde resuenan las frases del texto, de los diálogos; en donde se aprecia el choque de la palabra poética con la de la realidad secular; en donde se produce la conmoción de la risa, la piedad, la ejemplaridad, la sabiduría, la burla, la crueldad, el desatino, el encuentro y el desencuentro, la soledad, la insensata lucidez. Porque los textos literarios son escritos, antes que nada, para ser leídos por seres humanos, dispuestos a perturbarse y transformarse por medio de la palabra literaria —¿qué mejor ejemplo que el propio hidalgo manchego?—, de conmocionarse por la honda cala que esa palabra ocasiona en su espíritu; seres abiertos al disfrute estético de la inventiva, de la imaginación creadora, de la complejidad de las estructuras, de la inaudita renovación de recursos y géneros literarios casi agónicos, de la habilidad del oído que capta y transmite a la pluma las múltiples hablas que suenan en el mundo.

61

La escritura cervantina ha engendrado, además de incontables lectores tocados por ella, una infinidad de reflexiones, críticas unas y otras propiamente literarias. La diferencia entre ellas reside en el nivel de conmoción, en el tipo de sensibilidad que la expresa y también en el registro en que se imprime: más lírico o más intelectual. Es claro, sin embargo, que ni críticos ni escritores hemos permanecido indiferentes a ella. Debido a eso, por nuestra parte, registramos en un texto la impronta de su escritura en el propio espíritu. Estos lectores hemos procurado hacer de su gran literatura una recepción creativa.

¹⁷ George Mounin en la década de los setentas postulaba “como punto de partida de toda investigación el efecto que [el texto literario] produce en el lector o en varios lectores. [...] Esta inversión de la perspectiva crítica [...] justifica y da base teórica a la utilización siempre privilegiada y reivindicada con pasión por todos los críticos, de la intuición del lector; de su subjetividad. Pero no estamos ya en la discusión metafísica sobre los derechos abstractos y generales de la objetividad y de la ciencia, en oposición a los de la subjetividad y libertad del individuo. [...] porque el único medio de investigar los efectos de la obra de arte no puede eludir la exploración de la subjetividad del lector, por difícil que ésta sea”. (“Del buen uso de las estructuras en literatura”, en *La literatura y sus tecnocracias*, p. 162.) Por su parte, Umberto Eco distingue dos tipos de lectores, el lector semántico y el lector crítico. “La interpretación semántica, o semiótica es el resultado del proceso por el cual el destinatario, ante la manifestación lineal del texto, la llena de significado. La interpretación crítica o semiótica es, en cambio, aquella por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto puede producir esas (u otras, alternativas) interpretaciones semánticas. (*Los límites de la interpretación*, p. 36). Por su parte, Dietrich Rall afirma que los dos enfoques para estudiar la relación del lector con el texto literario [el sociológico, psicológico, empírico, histórico y el semiológico, estructural, pragmático] se complementan. Sólo conociendo las características estructurales de los textos (incluyendo el ‘lector implícito’) se pueden estudiar e interpretar las diferentes lecturas del mismo texto en el transcurso de la historia” (“El lector y el texto literario”, en *Estudios de lingüística aplicada*, núm. 7, vol. 10, 1989, p. 113.

Es la subjetividad del lector —su sensibilidad, intuición, cultura, inteligencia...— la que, durante la lectura solitaria y en silencio, se conmueve con la propuesta poética del texto literario.¹⁷ El lector de cada generación, de cada grupo social, según sus propias características culturales; los críticos, los historiadores de la literatura, según su aproximación teórica y metodológica; los individuos en particular...; cada uno de ellos ha hecho su propia lectura del *Quijote* y el sedimento que han dejado todas esas lecturas ha enriquecido a la obra misma a lo largo de los siglos; forma parte de su patrimonio.

Bibliografía

- AUERBACH, Erich, *Literary Language and its Public in Late Latin Antiquity and in the Middle Ages*. Princeton, Universidad de Princeton, 1993. (Hay traducción española: *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad media*. Barcelona, Seix Barral, 1969).
- BLANCHOT, Maurice, *El espacio literario*. Buenos Aires, Paidós, 1969. (Letras Mayúsculas).
- BORGES, Jorge Luis, "Del culto de los libros", en *Obras completas (1952-1972)*, t. II. 18a. impresión. Buenos Aires, Emecé, 1989.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, t. I. Ed., introd., y notas de Luis Andrés Murillo. 5a. ed., Madrid, Castalia, 1991.
- COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid-México, Turner/Turnermex, 1984.
- CHARTIER, Roger, "Las prácticas de lo escrito", en Philippe Ariès y George Duby, dirs., *Historia de la vida privada. v. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*. 1a. reimp. Madrid, Taurus, 1992.
- CHEVALIER, Maxime, *Lecturas y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid, Turner, 1976.
- CHEVREL, Yves, "Los estudios de recepción", en Pierre Bronel e Y. Chevrel, comps., *Compendio de literatura comparada*. México, Siglo XXI, 1964.

DEFOURNEAUX, Marcelin, *La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro*. Buenos Aires, Hachette, 1964.

ECO, Umberto, *Los límites de la interpretación*. 1a. reimpr. México, Lumen, 1992.

FRENK, Margit, "La ortografía elocuente. (Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro)", en D. Kossof et al. [comps.], *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Madrid, Istmo, 1986.

FRENK, Margit, "'Lectores y oidores'. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro", en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Roma, Buizoni, 1982.

63

FRENK, Margit, "Los espacios de la voz", en Concepción Company Company, ed., *Amor y cultura en la Edad Media*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991.

KNOX, N. W., "Silent Reading in Antiquity", en *Greek, Roman and Byzantine Studies*, núm. 9, 1968, pp. 421-435.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Fuentes literarias cervantinas*. Madrid, Gredos, 1973. (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y ensayos, 199)

MONER, Michel, "La problemática del libro en el *Quijote*", en *Anthropos*, núm. 98-99. Barcelona, 1989.

MOUNIN, George, "Del buen uso de las estructuras en literatura", en *La literatura y sus tecnocracias*. México, FCE, 1983.

ONG, Walter, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México, FCE, 1987.

OROZCO DÍAZ, Emilio, *Cervantes y la novela del barroco. (Del Quijote de 1605 al Persiles)*.

RALL, Dietrich, "El lector y el texto literario", en *Estudios de lingüística aplicada*, núm. 7, vol. 10, 1989.

